



BLIGHTSLAYER

UNA NOVELA DE GOTREK GURNISSON

RICHARD STRACHAN

minotauro



BLIGHTSLAYER

UNA NOVELA DE GOTREK GURNISSON

RICHARD STRACHAN

minotauro

Blightslayer

Published by Black Library, 2023
© Games Workshop Limited
Originally published as *Blightslayer*

Blightslayer, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Stormcast Eternals, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito, 2024
Ilustración de cubierta: Anna Lakisova

ISBN: 978-84-450-1671-8
Depósito legal: B. 3.679-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

LA CIUDAD DE KRANZINNPORT

Era una mañana fría y despejada; el cielo radiante prometía otro buen día en Kranzinnport. Odger se despertó temprano, como siempre, y se escabulló de la cama, donde todavía dormía su mujer, Melita. A ella no la despertaba ni una tormenta de hielo, una de esas furiosas tempestades con fuertes vientos que llegaban inesperadamente desde el mar en pleno invierno. Sin embargo, él tenía el sueño ligero; los sueños estaban bien, pero la vida real comenzaba al despertar.

Se inclinó y besó a Melita en la mejilla. Ella se cubrió la cabeza con las sábanas y lo único que su marido veía de ella eran los mechones de cabello rubio esparcidos por la almohada.

—¿Ya te levantas? —gruñó Melita—. Aún es de noche... El mercado no abre hasta las seis.

—Ya ha amanecido —repuso sonriendo Odger—. Prepararé un poco de té. Y el mercado no puede abrir hasta que yo me ocupe de que todos los puestos estén en su sitio.

Melita estiró aún más las sábanas por encima de la cabeza, y su voz salió de debajo de ellas amortiguada y quejumbrosa.

—Eres el hombre más importante de Kranzinnport, ¿no? Me sorprende que el Ayuntamiento empiece sus sesiones sin consultarte primero.

—Solo piensa en lo acertadas que serían sus decisiones si lo hicieran —replicó Odger con una solemnidad fingida.

—Odger Pellin, el salvador de la ciudad...

—Nunca lo olvides —exclamó riendo él.

Mientras se entretenía preparando un té de flores xintilianas y el desayuno de su hijo, fantaseó con la idea de formar parte de la asamblea del Ayuntamiento. Kranzinport siempre necesitaba gente buena que guiara sus decisiones, y no se le ocurría alguien más preparado para enfrentarse a las crueldades de la política municipal que el encargado jefe del mercado. Los vendedores y los comerciantes reñían continuamente. Era raro el día que no había discusiones sobre quién tenía el mejor sitio, quién debía a quién por productos prometidos y recibidos, o quién era el que andaba vendiendo a precios por debajo de lo legal... ¡Por la sangre de Sigmar, algunos días era un no parar! Cualquiera que mirara a una costurera como Merosis vería únicamente a una mujer joven, agradable y trabajadora, satisfecha con su puesto de costura, donde exhibía sus magníficas sedas verdianas, pero detrás de sus ojos se escondía el cerebro frío y calculador de una guerrera curtida en mil batallas. Después de eso, las cámaras de debates del ayuntamiento parecerían el patio de un colegio.

Odger sonrió para sus adentros mientras vertía el agua hirviendo en la tetera. Solo era un sueño y, como siempre decía, los sueños no sustituían la realidad. Él no tenía madera de líder.

El aroma del té inundó rápidamente la cocina y se propagó por toda la casa. Abrió la puerta del patio trasero, un pequeño recuadro cubierto de hierba cuidada y con caracolas colocadas cuidadosamente por Melita, y echó un vistazo a las calles grises que descendían hacia los acantilados situados en el otro extremo de la ciudad. Paseó distraídamente la mirada por las cúpulas y las altas y retorcidas torres que parecían ensortijadas conchas de moluscos, con los muros salpicados de salitre. Contempló los barrios adoquinados y se fijó en los esporádicos destellos nacarados en los tejados y el pavimento. Era una ciudad oscura de retorcidas calles y callejones estrechos, de murallas altas y recias casas tan resistentes y bien defendidas como las conchas duras como el hierro de las criaturas de las profundidades del mar de las que tanto dependían, pero para Odger también era una ciudad hermosa. Acostada en el borde de la costa Rocaniana, aferrada a los acantilados, era mar y tierra, y eso la hacía especial.

Hasta donde él veía, nadie se había levantado aún. Incluso los vendedores todavía debían de estar disfrutando de otra hora de sueño antes de preparar sus productos. Los pescadores no tardarían en despertarse y sacar a rastras de la cama sus cuerpos doloridos, recoger sus avíos

con sus manos ásperas y llenas de ampollas por la sal y bajar cojeando al puerto. Los escoltas de las caravanas, hombres duros y malcarados con algún ojo o dedo de menos, pronto saldrían rodando de las tabernas y afilarían sus aceros antes de que los primeros convoyes de los comerciantes partieran con destino a reinos menos civilizados. En las cunetas todavía habría borrachos dormidos, y un par de cadáveres estarían esperando con la paciencia de los muertos a que los guardias de la ciudad los recogieran cuando saliera el sol. La guardia nocturna de los Sables de Kranzinport, el regimiento Freeguild de la ciudad, ya estaría haciendo el cambio de turno en las murallas. A Odger le encantaba esa primera hora de la mañana, cuando reinaban el silencio y la quietud, todo parecía incluso limpio y aún faltaba un rato para que estallaran las riñas y el bullicio de la vida de la ciudad. Pensó en Melita, adormilada en la cama en el piso de arriba, una mujer con la que llevaba casado diez años. Pensó en su hijo, Clovis, a quien oía bajando por la escalera para desayunar. Podía contar con los dedos de una mano las veces que se había pronunciado una palabra más alta que otra en esa casa en la última década.

«Aquí la vida es dura y exigente —pensó Odger mientras se tomaba el té a pequeños sorbos—, pero Sigmar ha bendecido esta ciudad.» Habían pasado cerca de dos años desde la última incursión de los orruks, y no era capaz de recordar la última vez que se había producido un disturbio grave. Se calentó las manos con la taza. «De verdad, soy el hombre más afortunado del mundo.»

Pese a todos sus temores, fue un día bastante tranquilo en el mercado. Merosis no amenazó a nadie con sus tijeras dentadas. El viejo Tamser utilizó por una vez los pesos correctos en la báscula, y la vieja y encarnizada rivalidad entre Krennin Brisker, el más antiguo proveedor de tartas, pasteles y otros productos de repostería, y Dravett Pynn, importador de los más deliciosos bollos, panecillos y hogazas de toda Kranzinport, parecía haberse instalado en una frágil tregua. Izuvell, el astromante, leía los horóscopos y afirmaba que la presente conjunción de las lunas no volvería a verse en mil años; no había una ocasión más propicia para leer el futuro. Sin embargo, hoy en día a nadie le interesaban sus tonterías. No hubo ningún apuñalamiento, nadie fue apaleado en una discusión por el trueque y ninguna refriega entre borrachos acabó en algo más grave que una fisura en la cabeza y una noche en el calabozo de la ciudad. El sol brillaba alto y despejado, y el cortante viento marino ponía resortes en

los pies de todos los viandantes. El aqualito destellaba en el centro de la plaza, rebosante de agua.

Toda la gente tenía una palabra amable para Odger mientras se paseaba entre los puestos con el monedero en la cadera. Melita no paraba de repetirle que llevara un arma encima por si acaso alguien intentaba escapar con la recaudación del mercado, pero a él le parecía ridícula esa idea. No era un hombre que recurriera a la violencia, y de todos modos, bueno, era el mercado de Kranzinport, lo más parecido a un armisticio que podía encontrarse en toda la ciudad. ¿Quién iba a robarle?

Mientras hacía su ronda, el encargado jefe del mercado se aseguraba de que todo el mundo estuviera contento con el lugar que le había tocado y de que nadie tuviera ninguna queja que él se viera obligado a presentar en la siguiente sesión del comité comercial. Más de una vez le ponían en las manos un trozo de carne entre dos hojas de papel encerado o le entregaban una botella de un excelente vino añejo con una inclinación de la cabeza y un guiño, pero él siempre se aseguraba de pagar el precio de venta al público. Todo el mundo sabía que con Odger Perrin la transacción siempre era justa, no pagaba más ni menos.

Un poco después del mediodía, se detuvo junto al altar dedicado a Sigmar que había en el lado oriental de la plaza del mercado. Encendió una vela y se tomó un momento para leer las oraciones fijadas a las puntas de la corona heráldica del dios. Este se erguía allí como una estatua dorada de un metro ochenta, con el martillo levantado y su larga melena de algas cayendo como una cascada por su espalda. Su armadura estaba formada por conchas y estrellas de mar doradas aferradas a su barba. Toda la figura estaba recubierta por una fina capa de salitre. Odger dio las gracias en silencio por todo lo que poseía, y también por todo lo que la ciudad atesoraba.

Melita y Clovis aparecieron en el mercado por la tarde, cargados con una cesta que llevaban entre ambos. Odger percibió el aroma de uno de los panes de hogaza de la ciudad viviente de Pynn y también le pareció ver media botella de vino de frutas thyriano debajo del paño a cuadros.

—Mamá ha comprado cuatro bollos de jadespecia de Brisker —dijo Clovis—, pero dice que estás engordando demasiado con la edad y que solo puedes comerte uno.

—¿Es eso verdad? —preguntó el hombre con los ojos muy abiertos—. ¡Yo te enseñaré lo gordo que estoy! —exclamó y se subió el niño a los hombros mientras este reía a carcajada limpia.

—Un almuerzo tardío —dijo Melita cogiendo del brazo a su marido—. Una recompensa por el duro trabajo. Pensé que podríamos bajar al peñasco y comer mientras miramos la bahía.

—Eso suena bien.

Recorrieron la plaza mientras se levantaba un poco de brisa y salieron en el otro extremo de la ciudad, en un amplio espacio triangular en el mismo borde de los acantilados. Las losas de mármol del suelo estaban arañadas y sucias por el paso de la gente, y toda la plaza estaba rodeada por una larga balaustrada de coral azul, con los barrotes esculpidos en forma de anguilas y peces. En el centro de la plaza, cercada por una deslustrada barandilla metálica, había una puerta cuadrada que daba paso a una escalera de hierro. La gente estaba subiendo productos por los traqueteantes montacargas que bajaban hasta el puerto, a los pies de los acantilados. Como siempre, las vistas cautivaron a Odger. Eran impresionantes. El majestuoso mar Zarcillo, con su imponente oleaje, se extendía de este a oeste en el horizonte. Las aves marinas gorjeaban y se dispersaban sobre las olas siguiendo las estelas de los barcos pesqueros que se alejaban del puerto con sus coloridas velas recortadas sobre el azul grisáceo.

A lo lejos, mar adentro, a unos sesenta y cinco kilómetros o más, se divisaban las bocanadas de los leviatanes que escindían la superficie de las olas. Más allá, así se afirmaba —y de momento ni un solo marinero de Kranzinport había intentado realizar el viaje—, el borde del reino se curvaba con un brillo de magia, tan brutal y peligroso que te quemaba la carne desde los huesos si te acercabas a menos de ciento cincuenta kilómetros de él.

Se sentaron en un banco cerca del borde y comieron y bebieron mientras transcurría la tarde. Tras una acalorada negociación, Odger accedió a compartir el último bollo de jadespecia con Clovis, y el jovencito salió corriendo con su trozo hacia el lado opuesto de la plaza para contemplar el océano por el oeste, donde la costa Rocaniana se extendía sinuosamente hacia Yska. Era un buen niño de ocho años, curioso e intrépido. El padre lo observó mientras corría por el enlosado de la plaza con su pelambreira negra flameando al viento. Nunca hacía nada a medias. ¿Y por qué iba a hacerlo? Vivía la vida a toda velocidad, como cualquier muchacho de su edad.

—Me pregunto qué será de mayor —dijo en voz baja Melita apoyando la cabeza en el hombro de su marido—. ¿Vendedor en el mercado? ¿Funcionario en el ayuntamiento? ¿Soldado en la guardia de la ciudad?

Odger se echó a reír.

—Cualquiera de esas cosas me llenaría de orgullo —dijo. Paseó la mirada por el mar, donde los nubarrones comenzaban a manchar los bordes de la extensión azul. Sus aguas parecían agitadas ahora, y las crestas de las olas semejaban cumbres nevadas. Frunció el ceño—. Mientras no se haga pescador... —añadió en voz baja—. Sigmar sabe cuánto valoramos a los pescadores, pero es una vida dura y peligrosa.

Las nubes estaban acumulándose en el cielo; parecían congregarse desde el este y el oeste, y se deslizaban como bancos de niebla por encima del proceloso océano. La brisa arreció, había algo febril en ella, y las olas eran cada vez más altas, como si las fustigaran con un extraño fin. Los barcos pesqueros estaban regresando al puerto cabeceando y dando bandazos en el oleaje.

Odger se levantó despacio del banco y se apoyó en el pasamanos de la balaustrada. Estaba oscureciendo. Oteó el mar. A lo lejos, en el sur, algo se revolvía. Daba la impresión de que el agua estaba hirviendo a unos treinta kilómetros de la costa. Se oían los silbidos procedentes de allí, como si de una olla traqueteando en el fuego con su contenido bullendo furiosamente se tratara. Una lanza de nubes parecía atravesar el cielo negro como el carbón en aquel lugar. Una bruma densa y asfixiante se arrastraba por la superficie del mar, pálida y envolvente como el aliento expulsado por la boca en un frío día de invierno.

Melita se colocó a su lado en la balaustrada con el ceño fruncido y puso una mano encima de la de su marido. Los dos oían ahora los gritos de los pescadores, doscientos metros más abajo, mientras guiaban sus barcos de vuelta al puerto de Kranzinnport, a los pies de los acantilados.

—¿Qué es eso? —preguntó Melita—. Allí en el agua... ¿Es un leviatán? Nunca había oído de alguno que se acercara tanto a la costa.

Odger negó con la cabeza.

—No lo creo... —Se volvió hacia el otro extremo de la plaza—. ¿Dónde está Clovis? Será mejor que volvamos al mercado.

Sin embargo, era como si el mercado se hubiera trasladado a la plaza. El número de personas que se apelotonaban en la balaustrada y se apoyaban en el pasamanos para señalar y discutir mientras observaban el mar no paraba de crecer.

—No es un leviatán —terció un anciano. Se echó un poco hacia atrás el sombrero de paja que llevaba puesto—. Seguro que es un maldito kraken.

—¿Un kraken? —exclamó alguien—. ¿Otra vez has estado dándole a la cerveza de algas? ¡Los kraken no existen!

—Claro que existen. Vi uno saliendo del agua cuando era un chaval. Era grande como estos acantilados, con unos tentáculos tan largos como la torre más alta de Kranzinnport y unos ojos que parecían lunas.

Estalló un coro de carcajadas y el anciano refunfuñó para sus barbas.

—No es un kraken —afirmó Odger con absoluto convencimiento.

Hizo visera con la mano mientras la niebla se acercaba y los bancos de nubes ondeaban y se contraían sobre el agua. Enseguida propagaron su turbulento vapor por la bahía, y con ellas llegó una paralizante sensación de frío. Odger se dio cuenta de que todas las personas que se encontraban cerca de él estaban mirándolo, pues lo respetaban por ser un hombre que siempre decía la verdad. Si Odger Pellin hablaba, parecían pensar, valía la pena escucharlo. Él se aclaró la garganta y volvió a mirar mar adentro.

—Tampoco es un leviatán —añadió—. Parece... parece una isla que está emergiendo del mar.

No podía ser otra cosa y rápidamente todo el mundo veía lo mismo. A través de la densa niebla, Odger distinguía la forma negra y plana que salía borboteando del agua y cómo la espuma volvía a precipitarse al mar desde peñascos, rocas y cabos. Parecía un escarpado disco de piedra negra y brillante que surgía de las olas a unos treinta kilómetros de la costa y de no más de ocho kilómetros cuadrados. Un estruendo ensordecedor llegó a través del mar, como si el mismísimo lecho marino estuviera protestando. Las olas se agitaban y tronaban a su alrededor, y cogían impulso para arremeter contra los acantilados con prolongadas y furiosas embestidas.

Un manto de niebla parecía envolver a todo el mundo. No eran solo las nubes que pasaban por encima de la ciudad ni la bruma que comenzaba a invadir la bahía; algo nuevo había entrado en el mundo, inesperado y sin previo aviso, y no había una sola persona en Kranzinnport que supiera qué decir al respecto.

Odger se frotó la barba incipiente y buscó con la mirada a Clovis entre la muchedumbre. Vio al niño abriéndose paso por la multitud para llegar al lado de su madre.

—¿Lo has visto, papá? —preguntó Clovis—. Ha salido del agua. ¡Nunca había visto una cosa igual! ¿Qué es?

—No lo sé, hijo —respondió en voz baja Odger—. Ojalá lo supiera.

El hombre dio media vuelta para marcharse, agarró del brazo a Melita y tendió una mano hacia Clovis. Quería regresar al mercado y asegurarse

de que todo estaba correcto. Pero más aún deseaba volver a casa. No sabía por qué, pero solo quería cerrar las puertas, encender el fuego y sentarse con su familia. Ese era su único deseo.

Se puso a llover. Los nubarrones tronaron y la llovizna oleosa repiqueteó en el enlosado. Odger advirtió un repentino olor en el aire y frunció la nariz. Era un hedor a putrefacción y descomposición. En ese momento comenzaron a repicar las campanas de todos los barracones de la Freeguild para reunir las guarniciones. La ciudad no era ni de lejos lo suficientemente grande para albergar un contingente de Stormcast Eternals, pero sabría defenderse si el peligro se acercaba. Odger estaba convencido de ello. No estaba preocupado. No del todo.

Mientras regresaba con paso rápido, pensó que era una pena, por la mañana le había parecido que hacía un día maravilloso.